

cion con que compuso sus obras, se le debe considerar, dice el muy erudito señor Gil y Zárate (1), como un genio creador en el idioma místico castellano, que enriqueció con numerosas y enérgicas voces y locuciones, á cuya melodía y magnificencia no estaban acostumbrados los oídos.

A pesar de que no se conservan piezas oratorias del Padre Avila, sus escritos, y en especial el tratado *Audi filia et vidi*, nos dan á conocer los verdaderos motivos de la fama que como predicador supo conquistarse. El P. Avila, como obrero infatigable de la palabra cristiana, puede compararse á los mas esclarecidos misioneros de todas las épocas, de todos los tiempos y lugares. La energía de su carácter, la virtud acrisolada, la modestia, la frugalidad, el aspecto venerable, la voz penetrante, el fervor religioso, el conocimiento de las pasiones, el estudio de las costumbres, todo esto unido á un decir claro, espresivo, familiar, nos permiten colocarle en primer término y ofrecerle á la juventud como *modelo* en ese género de oratoria, que dá tan excelentes resultados en favor de la moral pública y las buenas costumbres.

Es precisamente España uno de los pueblos que han producido mayor número de buenos misioneros: hoy hay muchísimos que recorren los pueblos produciendo bienes incalculables, manteniendo la unidad de nuestras creencias y destruyendo los gérmenes fecundos del mal que, infiltrándose insensiblemente entre nosotros, ha de producir mas ó menos tarde dias de amargura y de dolor.

Lleno materialmente el V. Maestro, jamás ordenaba previamente sus discursos, y por lo comun cuando ponía empeño en ser mas breve, era cuando tenia que estudiar mas. Luego

(1) *Manual de Literatura.*

que se anunciaba su llegada, los pueblos se disponian gozosos á recibirle: era solicitado con empeño, y á su vista se sentian conmovidos los menos fervorosos y descreídos: la autoridad de su palabra comenzaba con el aspecto de su persona, el fruto de sus discursos con la santidad de su vida. Cuantos quieran conocer por sí mismos al V. Juan de Avila, deben recurrir á la lectura de sus *Cartas* y sus *Tratados*: por nuestra parte no podemos, ni queremos escusarnos de trasladar algunos trozos de ese riquísimo manantial de inspiraciones y conceptos divinos, de enseñanzas elocuentísimas, de lecciones provechosas, de axiomas nuevos en su forma, sacados de la Escritura y de los PP., sintiendo que las condiciones de nuestro libro no nos consientan dar mayores detalles respecto á este insigne orador sagrado, cuya vida, escrita por su contemporáneo y amigo Fr. Luis de Granada, hemos leído muchas veces con deleite sumo y admiracion.

«Los que mucho se ejercitan en el propio conocimiento, como tratan á la continua y muy de cerca sus propios defectos, suelen caer en grandes tristezas, desconfianzas y pusilanimidad de corazon: por lo cual es necesario que se ejerciten en otro conocimiento, que les alegue y esfuerce mucho mas que el primero les desmaya. Y para esto ningun otro hay igual que el conocimiento de Jesucristo Señor, especialmente pensando cómo padeció y murió por nosotros.

Esta es la nueva alegre, predicada en la nueva ley á todos los quebrantados de corazon; y les es dada una medicina muy eficaz para su consuelo á los que sus llagas pueden desconsolar. Este Señor crucificado es el que alegra á los que el conocimiento de sus propios pecados entristece, y el que absuelve á los que la ley condena, y el que hace hijos de Dios á los que eran esclavos del demonio.... Porque, así como se sue-

le dar por consejo, que miren arriba ó fuera del agua á los que pasan algun rio y se les desvanece la cabeza mirando las aguas que corren, asi, quien sintiere desmayo mirando sus culpas, alce los ojos á Jesucristo puesto en la cruz y cobrará esfuerzo....»

«Este sentimiento de la pérdida del tiempo pasado es una gran señal de que Dios entra en el ánima, porque con la luz se ven las tinieblas, y con el amor es condenada la tibieza, y con los celestiales conocimientos la sabiduría mundana....»

«A Cristo gracias, que dió fuerzas para predicar su nombre, ó él dé gracia para que sea recibida nueva tan alegre, provechosa y honrosa. Mas ¡ay de nos, que hemos venido á tiempo que está el corazón del hombre casado con la tierra! Y de este casamiento, ¿cómo saldrán hijos para el cielo? No se puede ver el sol sin lumbre del mismo sol; ni puede Dios ser alcanzado sino por favor del mismo Dios. Del cielo ha de ser lo que ha de subir al cielo; mas la tierra no puede subir allá. Pienso yo que estamos á la fin del mundo, pues estamos en el cabo de los pecados y olvido de Dios: y no sé adónde puede llegar mas esta dureza y desprecio de la palabra de Dios é insensibilidad para los negocios del alma....»

«Olvidad, pues, agora de gana lo que presto habeis de dejar por pura fuerza: ganad honra con este mundo que á tantos engaña: dejadlo porque os deje: morid á todo lo que pasa, y pasaos á vivir á lo que siempre ha de durar.... No penseis que perdeis algo con perder este mundo, que lo mas lucido de él es oscuro, y lo mas alto de poco valor.... Poneos al fin de vuestra vida, y vereis cuán gravemente yerran los que ponen su amor en cosa tan caduca y mudable, que corre mas que correo. ¿Qué desatino mayor que yendo como todos vamos de camino para la muerte, pararnos á reir y jugar como si fuéramos á la vida?»

V. Fr. Luis de Granada.

La mas alta de las reputaciones, el mejor de los oradores, el mas ilustre é insigne de los discípulos de la escuela mística española, fué el V. Fr. Luis de Granada. Claro, metódico, sólido, juicioso, patético y elevado como su contemporáneo, el Padre Avila, reúne á todas estas cualidades una dición elegantísima, siendo el dechado mas perfecto que nacion alguna puede presentar en la oportunidad de las comparaciones, en la ternura de los conceptos, en la naturalidad de las imágenes y en los medios de conseguir la perfección cristiana.

Nació este piadoso escritor en la ciudad de Granada el año 1504. Muerto su padre cuando apenas contaba cinco años, tanto el niño como su madre quedaron reducidos á la mayor miseria, sosteniéndose ambos con el escaso jornal que recibian por cuidar y lavar la ropa del convento de PP. Dominicos de la ciudad.

Una casualidad proporcionó á Luis la protección del conde de Tendilla, alcaide entonces de la Alhambra, por haber sido el primero que hizo tremolar sobre sus almenas el pendon de Castilla. En casa de tan ilustre bienhechor recibió el hijo de la humilde lavandera una educación esmerada, merced á la cual estuvo en disposición, á la edad de diez y nueve años, de ingresar como novicio en el convento de Santa Cruz, del orden de Predicadores, recientemente fundado; y en 1525 recibió el hábito que con tanto lustre para la religion y las letras españolas supo vestir durante toda su vida.

En 11 de Junio de 1529, á propuesta unánime de los padres electores obtuvo una beca en el colegio mayor de San

Gregorio de Valladolid, de la misma órden de Santo Domingo; distincion honrosísima que solo alcanzaban los que por sus aprovechamientos, meritoria conducta y grandes dotes de inteligencia se les consideraba capaces de iniciarse en la parte sublime de las ciencias para ejercer despues con éxito los deberes de la enseñanza universitaria. Allí fué donde se dedicó especialmente al gran estudio de la teología mística, y posteriormente, habiendo vuelto á Granada y recibido el grado de maestro en teología en 1564, se consagró especialmente á la predicacion, inspirándose en la lectura de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres, y muy particularmente en las profecias de Jeremías y en las obras de San Juan Crisóstomo, á quien tomó por modelo. Su historiador Fr. Gerónimo Joanini, dice hablando de sus triunfos oratorios: «Su predicar fué de hombre evangélico, no mirando á otra cosa que á hacer ganancia de las almas y plantar en el pecho humano el amor del cielo. Tuvo la voz clara, suave y dulce: no le era necesario desear suavidad y energía para deleitar, porque sus palabras casi eran armónicas y penetraban los entendimientos que las oían. Mostró ser docto, pudiendo enseñar y sabiendo dar á entender lo que queria tan razonada y aseadamente cuanto era necesario, conforme á la calidad de los oyentes. Sus conceptos eran todos sacados de la Escritura Sagrada y los mas escogidos de los Santos Padres griegos y latinos, y tegia de ellos la guirnalda de su decir, no menos que si fuesen flores, entre los conceptos. Su estilo fué puro, limpio, sencillo, mas alto; llano, mas significador; grave, mas agradado; florido, mas cristiano; y no faltando cosa alguna pudo fácilmente arrebatarse los corazones y hacer aquel fruto que confiesan todos haber sido grande en todas partes. Aco-

módase diestramente á todos los géneros, y en todo argumento usaba lo que convenia, enseñando lo que era docto y fácil igualmente. Increpando el pecado y el vicio, echaba llamas de la cara y mostraba horror, que desmayaba y asombraba al pecador. Hablando de los misterios y beneficios que nos ha hecho Dios, con vivos y naturalísimos colores los ponía presentes. Razonando del cielo y de los Santos, arrebatava los corazones y consigo los levantaba en alto. Tratando de nuestra miseria, veíasele quedar en nada. Exhortando á la conversion, salian las palabras todas amorosas, abrasadas y penetrantes, con que se movian los mas duros corazones. Gastó en este ejercicio mas de cuarenta años en los púlpitos mayores de toda España: dejólo solo por la vejez y achaques.»

Pocos años despues de la salida del colegio de Valladolid, mereció Fr. Luis de Granada otra distincion del general de la órden de Santo Domingo, y fué el nombramiento de Prior del convento de *Scala Cali*, situado en las montañas de Córdoba, y cuya fundacion se debia á Fr. Alvaro de Córdoba, confesor de D. Juan II, que habia preferido retirarse á aquella soledad y aspereza; en la que por la semejanza de su situacion topográfica con la ciudad eterna, se habian dado á ciertos sitios los nombres de Monte de las Olivas, torrente Cedron, Calvario y otros. Cuando Fr. Luis tomó posesion de su priorato, solo encontró allí ruinas y escombros, pero con el fruto de las limosnas que recogió y con la eleccion de buenos religiosos, consiguió que aquella piadosa fundacion recobrase su antiguo brillo y esplendor.

Ocho años despues de hallarse al frente de la comunidad de *Scala Cali*, en cuyo tiempo cultivó, trató é hizo amistad

con personas tan distinguidas como el Obispo de Sigüenza, Fr. Lorenzo de Figueroa, el conde de Feria, el marqués de Priego, el P. Antonio de Córdoba y el célebre Maestro Juan de Avila, asistió al capítulo general de la orden, en cuya solemnidad se oía siempre á los oradores mas distinguidos. Allí tuvo ocasion de admirar la elocuencia del V. Granada el duque de Medinasidonia, gran protector de la orden y pariente del santo fundador, y prendado de sus grandes cualidades, pidió y obtuvo del provincial, que le permitiese llevarle consigo para que predicase en su palacio de Sanlúcar. Disgustado, sin embargo, al poco tiempo, porque consideraba que allí mas se estimaban los primores oratorios de sus discursos, que se atendia á lo principal, se trasladó á Estremadura comisionado por la orden para fundar un convento de dominicos en Badajoz. Allí fué donde compuso su famoso y estimado libro *Guia de Pecadores*.

A instancia del infante cardenal D. Enrique, que ocupaba la silla arzobispal de Evora, pasó al vecino reino de Portugal, donde fué recibido con las muestras de consideracion y aprecio á que sus talentos y virtudes le hacian acreedor, mereciendo que en 1557, habiendo vacado el provincialato á que estaban sujetos todos los conventos de la orden, fuese elegido por el capítulo provincial, no obstante su cualidad de extranjero y el decidido empeño con que rehusaba aceptar semejante dignidad.

Allí dió tambien una gran prueba de la humildad y demás virtudes cristianas que le adornaban, negándose á admitir la dignidad de Arzobispo de Braga, con que reiteradamente quiso honrarle la reina doña Catalina, de la que era director espiritual y consejero en los mas graves negocios del Estado. Sos-

túvose una lucha empeñada con este motivo, en que rivalizaron en humildad Fr. Luis y su amigo Fr. Bartolomé de los Mártires, persona que él habia designado á la reina para sustituirle, confirmando por este medio su tenaz resistencia. Fr. Bartolomé de los Mártires, fundado en las mismas consideraciones que el P. Granada, se negaba igualmente á admitir tal honor, y fué preciso que solemnemente ante el capítulo le intimara Fr. Luis la obligacion en que estaba de aceptarlo, bajo graves penas, para que aquel virtuoso varon se prestara á admitirlo.

Agoviado de achaques, y hallándose ya en la avanzada edad de 84 años, mortificándose continuamente con penitencias de toda clase; habiendo experimentado el disgusto de haber creído de buena fé en los estravíos de la priora del convento de la Anunciata de Lisboa, que fingia ser favorecida con visiones espirituales y otros señalados favores del cielo, hasta el punto de aceptar su defensa, con cuyo motivo fué objeto de burlas y severas críticas, falleció el 31 de Diciembre de 1558, en opinion de santidad, tanto, que se dice fué preciso que al tiempo de sepultarle, defendieran su cadáver con las armas en la mano dos nobles portugueses, para evitar el tropel que acudia á recoger algun objeto ó pedazo de su traje en calidad de reliquia. Sus restos fueron sepultados en el antecoro del convento de Santo Domingo de Lisboa, y en 1634 se trasladaron á un gran sepulcro de mármol blanco construido en una pieza inmediata á la capilla mayor de aquel convento.

No es posible reproducir, ni enumerar siquiera, los numerosos elogios que se han tributado en todos tiempos al P. Granada. Mariana, Gaultier, el P. Vasconcelos, D. Luis de Páramo, inquisidor de Sevilla, el erudito portugués Andrés de

Evora, y otros muchos elogian como se merecen las obras de este gran autor. Felipe II hizo mucho aprecio de su persona y sus escritos, y le visitó en su convento de Santo Domingo de Lisboa. Pero sobre todo, tuvieron en gran estima sus trabajos la célebre Santa Teresa de Jesus, San Carlos Borromeo y el Pontífice Gregorio XII, que le remitió un breve altamente honorífico para tan santo varon (1).

Han escrito relaciones de su vida Fr. Gerónimo Joanini Capuano, en 1595, Fr. Francisco de Olivera y Fr. Juan de Marieta en 1604. Los cronistas de la orden P. M. Fr. Francisco Diego y el Obispo de Monópoli: los PP. Fr. Luis de Casegas y Fr. Luis de Sousa, y por último, el licenciado Luis Muñoz.

Las ediciones mas importantes de sus obras, son la de 1579, dedicada á Felipe II, la de Valverde de 1730, la de Madrid, por la viuda de Ibarra, de 1788, la de Paris de 1565, y una que se dice que mandó hacer el duque de Alba en Amberes al famoso impresor Cristóbal Plantino, y de la cual vino á España un ejemplar, que existia en el monasterio del Escorial, y en que leia con frecuencia el rey Felipe II. Las de Salamanca de 1585 y 1578: la de Gerona de 1622, y otras muchas que seria prolijo enumerar.

Las principales obras de Fr. Luis de Granada, son las siguientes:

1.º Trece *Sermones* sobre las principales festividades de Jesucristo y su Santísima Madre, compuestos y distribuidos en forma de consideraciones sobre el Evangelio del dia.

(1) Puede verse este Breve y su traduccion en la edicion de las obras de Fr. Luis de Granada, publicada en la Biblioteca de autores españoles, y á la que precede una bien escrita vida del autor, por D. José Joaquin de Mora, aprovechando los datos que suministran su biógrafo el licenciado Luis Muñoz y D. Nicolás Antonio.

2.º La *Guia de Pecadores*, libro que llamó tanto la atención, que se hicieron de él traducciones al latin, al italiano, al francés y hasta al griego y al polaco.

3.º El *Memorial de la vida cristiana*, en dos partes y siete tratados, traducido al italiano, al francés y al alemán.

4.º La *Introduccion al símbolo de la fé*, á la que acompañan otros varios tratados.

5.º La *Retórica eclesiástica*.

6.º El *Compendio de doctrina cristiana* y la *Doctrina espiritual*.

7.º La *Vida del P. Maestro de Avila* y otras varias obras, entre ellas seis tomos de *Sermones*, compuestos en latin, y que contienen dominicas, fiestas de santos y de misterios cuaresmales y penitenciales, todos ellos utilísimos para el auxilio de la predicacion, aun en nuestros dias, por lo cual aconsejamos su lectura á los jóvenes, antes de ocuparse en el púlpito de los asuntos sobre que versan, ó prevenirse para el consejo y direccion de las almas en el confesonario.

Algunos autores atribuyen á Fr. Luis de Granada el libro de *Oracion* y de *Meditacion* de San Pedro de Alcántara, acerca de cuyo punto hemos tenido ocasion de leer un erudito folleto, escrito por el M. R. P. Fr. José Torrubia, Comisario general de la Curia Romana y cronista del orden de San Francisco, dado á luz en Madrid el año 1759, y en el cual se refuta esta opinion con sólidos y concluyentes argumentos, afirmando como cierto que Fr. Luis de Granada compuso un breve compendio de todas sus obras con el titulo de *Doctrina espiritual*, siendo una de las partes en que está dividido un resumen *del libro de la Oracion*.

Lo que de esta importante cuestion se deduce, es que Fray

Pedro de Alcántara compuso en 1534 el libro que despues comentó y amplió el V. Granada, dándole el mismo título, y no haciendo en él grandes ni profundas alteraciones, por ser ya entonces muy conocido y estimado el de Alcántara, que aprobó la Sagrada Congregacion de Ritos, y en cuyo rótulo se leian estas palabras: «*Librum bonum edidit (Petrus de Alcantara) de oratione, in quo varia documenta scripsit mira doctrinæ, et fructus cœlestis prudentia refertum, qui Hispano, et Italo idioma impressus per totum orbem circumfertur.*»

Deteniéndonos ahora por un momento en la grandísima importancia que tiene Fr. Luis de Granada como orador cristiano, todo elogio seria pálido, toda alabanza enojosa é innecesaria. La altísima reputacion que en vida supo conquistarse este varon esclarecido, ornamento precioso de la Iglesia española, y el mérito universalmente reconocido de todos sus escritos, dicen bien claro que es una de las primeras glorias del púlpito español: maestro en el decir, legó ejemplos y preceptos, que otros imitaron despues con gran éxito, que nunca deben olvidarse, que por nuestra parte ofrecemos recoger con especial cuidado en la segunda parte de este libro, que si tiene algun valor, préstanselo esas bellísimas figuras que nos ofrece la religion, y que supieron hacer de la palabra, facultad creadora y distintiva del hombre, un uso tan sublime como civilizador.

Escritor correcto, puro, elegante y de excelente y acrisolado gusto, bien puede decirse que produjo una revolucion completa en la prosa castellana. El arte de combinar los períodos, de redondearlos, por decirlo así, evitando repeticiones enojosas, era casi desconocido en los escritores anteriores, que acostumbrados todavía á la construccion latina, cuya lengua

era realmente el vehiculo de las ciencias y de la literatura, trasladaron el giro de aquellas frases tortuosas, de aquellas construccioncs intrincadas que pueden sin inconveniente usarse cuando la sintáxis suministra los medios de encontrar fácilmente el régimen y la concordancia. Entusiasta por el idioma de su pátria, Fr. Luis de Granada le enriqueció con innumerables frases delicadas, armoniosas, magnificas, sublimes, que por todas partes se hallan esparcidas en sus obras.

Así como hay escritos en los que la sublimidad ó vileza del concepto depende poco de las formas, en los de Fray Luis de Granada una y otra cosa se dan tan estrechamente la mano, que la magestad y armonía de los períodos ayudan á trasportar el alma á las altísimas regiones, donde campea libre y exaltado su pensamiento.

«Como los escritos de este V. Padre, dice Capmany, son tan diversos, su estilo tambien se resiente de la materia que trata. De aquí viene que en unas partes se remonta, en otras se abate: en unas se inflama, en otras se enfria: en unas es vehemente, en otras tranquilo: en unas cerrado y nervioso, en otras difuso y lánguido; pero en todo fluido, numeroso, fácil y natural. Como el autor escribió sus obras para el provecho espiritual de todas las clases y condiciones de personas, dispuso así el estilo como la materia, de modo que siendo uno se acomodase á la capacidad y luces de todos. Por esto siempre en sus escritos resplandece sobre todas las otras virtudes de la elocucion la claridad, sencillez y propiedad; así es que entre tantos y tan varios tratados no se halla una voz forastera, desusada, latinizada ni afectada: con lo que probó que la lengua española tenia ya bastante riqueza en sí misma sin haber de mendigar las ajenas. Fué singular Fr. Luis, sobre todo

en el escogimiento de los epítetos con que realza poderosamente las cosas, y en la pureza y propiedad de la dición.

El V. Avila habia creado, por decirlo así, un lenguaje místico de robusto y subido estilo; y el V. Granada lo hermoseó, lo retocó con lumbres y matices, y le dió número, fluidez y grandiosidad en las cláusulas, sin ser hinchadas, afectadas ni afeminadas. Tuvo tambien la habilidad de ser grande con la espresion sencilla, y de ocultar el arte, no habiendo casi período que carezca de arte. Esto nacia de su facilidad; mas tambien esta facilidad le hizo verboso, y la verbosidad redundante en muchas partes.

A lo menos, la facilidad que poseía su incansable pluma, de amplificar por todas las circunstancias imaginables un mismo pensamiento, fué ocasion de que cayese algunas veces en un estilo difuso, lánguido y uniforme; así que me atrevo á decir, á no ser por la importancia de las materias que trata y por el celo santo con que las esplica, seria necesario tener hambre de leer, ó necesidad de engañar el tiempo, para deleitarse en algunos lugares, tejidos de frases monótonas y cargadas. Como Fr. Luis siempre fué pródigo de inagotable caudal de doctrina y caridad, y le parecia que nunca acababa de imprimir en las almas las verdades eternas que predicaba, forzosamente habia de derramar en la oracion frases y palabras que se repiten muy á menudo, ó se diferencian con muy poca variedad.

De esta profusion y abundancia venia la desigualdad ó decaimiento de la fuerza y calor del estilo en algunos lugares, porque apurándose la materia desfallece el brio y el interés, y los últimos pensamientos, en algun modo amortiguados, han de enervar á los primeros. Entonces es menester recurrir á

lugares comunes, á frases nuevas, mas no diferentes: á comparaciones y símiles, ya felices, ya triviales, y las mas veces no necesarios: á discursos y pruebas contrapuestas entre sí, en que el autor, haciendo la primera parte, tiene hecha la segunda, y el lector leida la una tiene adivinada la otra, como el reverso de una moneda corriente. Cualquiera sabe que despues de *hartura* ha de venir *hambre*, despues de *pobreza* *riqueza*, despues de *dulzura*, *amargura*, etc. De aquí vienen muchas frases descuidadas, frecuentes repeticiones, uniformidad de pensamientos y de períodos; y de todo esto nace una difusion y abundancia sin límites. En estas especies de oraciones, que á manera de rios de mansa corriente y de espaciosas revueltas llevan un camino lento y pausado hasta su fin: conocido y previsto por la primera idea que ha de contrastar con la última, sucede que los lectores de viva y pronta imaginacion, que ya de lejos ven, mas no lo alcanzan, el término donde ha de descansar la impaciencia de su deseo, sufren un género de molestia en la detenida lectura de las cláusulas graves y sosegadas, llenas de grandes palabras, que les desconsuela y adormece. A la manera de lo que acontece á los viajeros por la Mancha llana, que padecen la pena de ver desde que salen de la posada el campanario del lugar á donde han de ir á hacer noche.

Verdad es que Fr. Luis, como el principal autor ascético que se proponia en sus escritos hollar la vanidad mundana y vencer la dureza y rebeldía del pecador, ó enardecer su tibieza en actos de amor de Dios, queria preparar el pasto espiritual para todas las clases y condiciones de hombre, á fin de que todos lo hallasen aderezado al sabor de su paladar y á la complexion de su estómago, y el provecho fuese de esta manera